

El imposible

Rachel del Carmen C. Lizarán



Capítulo 1

Es imposible continuar porque no encuentro mi manuscrito...

Es obvio que he dado con él, aunque el atolondramiento campa a sus anchas y sigo con la psique bloqueada por los efluvios de un incipiente romance que, a destiempo, me ha sorbido la voluntad.

Me dije a mí misma que lo intentaría, y, en la medida de mis posibilidades, voy cumpliendo. En los escasos momentos de lucidez que me deja un amor que, todo hay que decirlo, es a medias correspondido; me empeño en no permitir que se acomode el intelecto, so pena de caer en un apoltronamiento irreversible.

Pese a todo, como quiera que ardo en deseos de escribir hasta que me duelan los dedos o el cerebro me diga: "Basta, no das para más, entérate", confío en que ese empeño me salvará de la vileza que desemboca en el embrutecimiento mental.

Conseguir un material medianamente bueno al que se le pueda llamar literario cuando el entorno está enrarecido, no es tarea fácil. Únicamente la introspección (simbiosis meticulosamente premeditada entre el cerebro y el resto del cuerpo) logrará el milagro. Y ahora el mío, mi cuerpo, se afana exclusivamente en coleccionar sensaciones estimulantes.

Y es que, estar enrevesado el ambiente a más no poder, lo está, en mi zona habitada del planeta..., ¿que es minúscula?, sí, desde luego, y sin embargo es peleona y separatista y manipuladora como la más extensa e incluso más.

Ya sé, sé que me invento excusas peregrinas que no se cree nadie. No es que no quiera, que sí quiero. Pero, pónganse en mi lugar por un instante: soportar el bombardeo de informaciones periodísticas monotemáticas, contradictorias hasta la locura según el bando al que sean afines; convendrán conmigo en que resta concentración a la vez que dispersa la agudeza en el menester de discernir con un gramo de objetividad. Ni el librepensador más comprometido consigo mismo (teóricamente ajeno al mundanal ruido), sería capaz de salir airoso de éste sainete político/circense con el que me ha tocado lidiar.

Pues nada, como me figuro que no todo el mundo comulga con la execrable manía de mezclar temas políticos con cualquier rama de las artes; tendré que confesar. Pasa que ando ahora algo enamoriscada de un aviador.

Él, mi controvertido Romeo, levanta el vuelo incluso contra el viento si es necesario para ganarse el pan. Obviaré su nombre, no vaya a ser que además me acuse de divulgar su identidad, aunque reconozco que tentada estoy.

Afirma convencido a quien quiera que le de cuartelillo, que la vida es tan sumamente traidora, que hay que tirarse en bomba contra la corriente porque la mejor defensa es anticiparse. Puedo afirmar rotundamente que a él, jamás le rozará daño alguno, sencillamente porque no se expone.

Cree firmemente mi amado, que está siempre en posesión de la verdad absoluta, y a mí, me enerva su evidente prepotencia. Le hago notar con la maldad que me caracteriza, que es un espécimen digno de estudio, porque, la seguridad en sí mismo que pretende proyectar, no se la traga nadie.

Mi adorado aviador es único en el Orbe. De tanto esfuerzo que pone en reafirmarse a sí mismo, aleja de su *body* a quien de buena fe quiere quererle. Obviamente, ni le pasó jamás por la imaginación que una mujer rebatiera sus 'argumentos' uno a uno de manera tan persuasiva que, por mucho que lo intente, no encuentre un resquicio por el que minar su autoestima.

El problema de enamorarse, es que te desnortas con facilidad. Y para más inri, la escasa inspiración que pudieran las musas tener a bien derramar sobre ti, se diluye en la nada.

Todo son besos y más besos...

Pasado un cierto -corto- tiempo, miras en tu interior y te interrogas activando la consciencia de la otra que vive contigo. Sí, esa que en cuanto te desvías de la vereda milimétricamente trazada, te somete si miramientos a su férrea tiranía: "A ver, ¿qué crees que haces, listilla? Ni te atrevas a soñar en que vas a seguir viviendo *la dolce vita* a perpetuidad. Él, va por libre. Arrastra gustosamente su prepotencia, jamás le darás alcance. Su ego es tan inmenso, que lo más seguro es que haya contratado un coro de gospel para que le cante el al oído todo el santo día. Las dos sabemos que estos días precisamente, se dispone a adoptar un hijo. Y, ¿tú le has visto emocionado?, nooo. Nuestro hombre enfoca ese paso trascendental en la vida de una persona, como si de un capricho se tratara, y le encoloma el niño a su mujer para que se 'distriga', para que le deje a él el campo libre en sus múltiples manejos de faldas, tú incluida".

Mi aviador se ha ido a buscar a la criatura. Ni siquiera me ha dicho en qué país va a estar en las próximas semanas..., es verdad que tampoco se lo he preguntado, ¿para qué? Saber de qué etnia o nacionalidad será la

mujer que le 'consuele' estos quince días no me ayuda, seguro.

El amor es como un tónico con la fecha de caducidad cada vez más recortada. Sí, convengo en que puede que se programen antes de nacer distintas obsolescencias en cada persona. Así, es posible que al igual que sucede con los alimentos, electrodomésticos, etc., sea el enamoramiento en el hombre más fácilmente perecedero, valga la metáfora.

Generalizar es fácil y por ende injusto. A lo peor, poner a los géneros en hornacinas etiquetadas no sea lo que se espera de una mente evolucionada. Pero, ¿dónde está escrito que hay que ser coherente las veinticuatro horas? La ecuanimidad es un lujo que solo se permiten los que basan su vida en la observación sentenciosa; quienes ponemos las vísceras en lo que hacemos, a lo mejor disponemos de una especie de dispensa para condenar a cualquier desaprensivo que nos hiera.

Claro que, la dispensa puede resultar un término ambiguo, porque también podemos 'dispensar' a ese mismo individuo si nos da la real gana. El privilegio, si se le puede llamar así, viene dado por la misma vía visceral; la traición, y ésta, es susceptible de ser perdonada exclusivamente por la víctima.

Al final del camino, me espera la certeza con los brazos ávidamente extendidos. Ese es el motivo por el cual he dejado de mirar de soslayo los atajos. Me detengo deliberadamente en los recodos rodeando cuantas zancadillas me tiende el desamor; no tengo prisa en llegar al habitáculo minúsculo del que salí. Allí no hay ventanas, solo una puerta que se cierra al entrar y ya no vuelves a salir si no es con los pies por delante.

El ahora no brinda nunca dos veces la misma oportunidad. Hay que mantener los sentidos en alerta máxima en la primera, y, los reflejos son vitales porque en el presente se juega una el resto.

¿Seguiré esperando *in saecula saeculorum*; confiando en que el altruismo amatorio y la idiosincracia desprendida de mi amado se confabulen a favor mío, que se digne brindarme una caricia, aunque sea una de esas que se les regala a un perrillo? Digo yo que una limosna se le da a cualquiera...

No hay manera de retener el viento. Y es que tiene a su disposición infinidad de escalas mi ex. A ese piloto intrépido donde los haya; es evidente que no le compensa (ni le basta) detenerse solo en una y permitir que cuaje una relación. Hay por lo visto en lontananza del mundo mundial más competencia en lo tocante a féminas de la esperada. Pensé (nótese que hablo en pasado) espaviladilla de mí (ahora veo que equivocadamente), que quizá la estrategia de fingir indiferencia haciéndome la dura, sería un detonante eficaz.

Basándome en una teoría que asegura que al macho alfa no le molan los triunfos en bandeja de plata, que disfruta de lo lindo disputándose a colmillo limpio una 'pieza de caza' con otro macho de un nivel similar, calculé los pros y los contras de ponerle celoso. Así, ideé un plan que, en caso de dar resultado, decidí que lo patentaría ipso facto...

¿Todo se me va al traste después del trasiego de sentimientos que estaba intentando reubicar? Ha vuelto, como *El barrio*. "*He vuelto, se acabó este descansito (...)*". Ha vuelto y me ha pillado en plena (árdua) tarea de quitármelo de la cabeza y de las carnes. Soy patética, de veras. ¿Ahora qué, empezar de cero sabedora de que más temprano que tarde acontecerá el retroceso? Me daría de hostias...

Pues sí, el aviador ha intentado regresar a mi vida con el mismo aire de superioridad del que por lo visto le es imposible desprenderse. Eso sí, camuflado con una piel de cordero más falsa que las promesas de Judas. Y por supuesto, en guardia como estoy y desde luego; al cabo de sus andanzas, ya no me camela así como así. Y es que ilusa de mí, tengo la debilidad de conceder oportunidades a los personajes más variopintos. Tras unos pocos días de interacción románticoide, que si besitos húmedos, que si prométeme fidelidad por los siglos..., en un descuido le he quitado el antifaz y izas! ¡Le pillé! Es el mismo.

¿To be continued...?

La demora en concluir este escrito, en ningún caso se debe a la duda; la determinación hace semanas que estaba tomada. La causa es otra mucho más enriquecedora y que de momento, mantendré en el 'tintero'.

Esta efímera historia entre un hombre aparentemente sin alma (y sospecho que sin sustancia reseñable) y una mujer que, quizá por tenerla (o en todo caso posee una suerte de aleteo invisible que hace claros distinguos entre la falsedad y la autenticidad), no ha permitido que sus apenas esbozadas ilusiones cayeran presas de las chungas secuelas que deja el enamoramiento no correspondido. Este contexto, se podría extrapolar al metódico tanteo del ojeador que, indolente, se toma su tiempo; observa detenidamente, sopesa, reflexiona y pone en práctica la típica criba en la que al final, únicamente se queda con uno: *the best*.

Tanto es así, que nuestra otrora atribulada y actualmente pletórica protagonista; da carpetazo sin el más mínimo arrepentimiento ni en su cuerpo (ni por supuesto en su quisquilloso aleteo), a un conato de flirteo tan superficial, que nunca ha pasado de ser una anécdota insignificante.

-----//-----

Anexo

I

No seré yo quien contradiga lo expuesto por mí misma anteriormente, pues, el resultado de una bifurcación no siempre es el atajo. Tamaña incoherencia, sería a todas luces incomprensible para el lector de buena fe que, tedioso e indolente, tenga a bien despilfarrar algo de su tiempo y detenerse aquí. Me niego a que, a causa de mis paranoias 'maníacodepresivas', en la mente de las personas que todavía acaricien un mínimo de romanticismo, anide el desencanto que todo lo niega. Otra cosa es (ahí ya me lavo cara y manos), que se lo fabriquen ellas mismas a base de pesimismo, o lo que ha dado en llamarse: mirar fijamente la botella y emperrarse, sí o sí, en verla siempre medio vacía.

Y me explico: por mucho que, tras un tropiezo garrafal que más que frustrante debería ser claramente disuasorio por pura lógica; una quiera desentenderse para los restos de las lides amorosas, es inútil. Sí, lo es, porque en la parcela sensorial existe un lugar específico: un apartado para la esperanza que, con un tiempo de maduración indefinida, regenera las irrefrenables ganas de acoger de buen grado un flamante (y esperamos que futurible) amor.

El contexto eufórico/jubiloso en el que me encuentro actualmente, me retrotrae de manera recurrente a una canción de Cecilia que siempre ha causado en mi ánimo una rara mezcla de melancolía dolorosa y espectativas alborozadas: "Un ramito de violetas".

Él, mi amor secreto; no escribe versos, y, cuando yo le conmino a ello, se echa a reír. ¿Y eso?, pues la ausencia de introspección, sin duda. Sospecho que nunca se le ha pasado por la cabeza someterse a un análisis exhaustivo en el rincón de la psique habilitado para ello y, en cuyo diván, el alter ego de uno es su propio crítico/censor. La opinión que tiene mi amado sobre sí mismo, desde luego, no es la misma que tengo yo. A mí, éste hombre que me está volviendo enajenada de amor; me parece gentil, apasionado y culto. Luego está su lado un tanto irónico/gamberro que, sin proponérselo, me hace reír a carcajadas.

Le conocí en noviembre... Concretamente, empezamos a hablarnos el día 1 de dicho mes y, es evidente que me está devolviendo la alegría. Yo, en justa reciprocidad; le quiero (me atrevería a afirmar) como nunca he querido, con el alma. Bueno, para ser fiel a mis 'principios', he de puntualizar que a esa cosa volátil; tan inmerecidamente ensalzada en poesía y, cuyo origen según parece radica en las sectas de una marca genérica denominada "religión", yo la llamo aleteo estomacal.

II

De vez en cuando, sin embargo, vuelven de visita las dudas traidoras que me crean inseguridad. Me golpean en la sien con saña, inmisericordes; la puerta de entrada a mi cabeza, de nuevo les franquea el paso alegremente. Giran con tanta facilidad los goznes... Aun atrancada como estoy por dentro y, pertrechada anímicamente con restos de los naufragios anteriores que todavía conservo sin saber con qué fin... Por lo visto, estarán en perfecto estado de lubricación a perpetuidad.

Cuando, debido al popurrí/cajón de sastre que evoluciona sin parar en mi sesera, me muestro extraña y pelín arisca con él, mi cómplice de ensoñaciones paradisíacas me pregunta el motivo de mis pesares; el porqué de los extraños presagios que de cuando en cuando me martirizan y, que hacen que me sienta poco menos que hundida. Y, aunque él todavía no lo sabe; las razones son harto complicadas por la dificultad que tengo en exponérselas, esa es la verdad.

Puede que eso tan terrible que me atormenta sean impresiones mías, no lo descarto y, tampoco que sean meros temores infundados. Y aún así, intentaré expulsarlo todo de mí por si me sirve de algo y me echa una mano en el laborioso menester que implica ver algo más blancos los pensamientos que, ahora mismo, son tan negros como el azabache.

En realidad, si lo maduro un poco no es tan difícil de explicar. Es curioso, pero a medida que escribo lo veo más simple de lo esperado. Lo diré a bocajarro: me aterroriza pensar que gracias a la pasión que dice sentir por mí, esté intentando (y consiga) reavivar su vida conyugal. No, no había olvidado mencionarlo; en efecto, su estado civil es casado.

El péndulo que se bambolea caprichosamente sobre mi cabeza, a mí me desestabiliza de tal modo... Hay veces que acuso la sensación de que ese hombre al que amo más que a nadie, quiere (o tal vez lo cree necesario) mantenerme al margen de ciertos aspectos de su vida privada. Hasta hace relativamente poco, no he sabido ni siquiera algo tan inofensivo como los nombres o los años que tienen sus hijos. Me cuestiono cada vez más a menudo a qué se debe el hermetismo que se ha puesto por coraza, ¿acaso existe en su entorno (salvando evidentemente a sus hijos), algo infinitamente más 'sagrado' e intocable que nuestra relación?, deduzco que sí. ¿Me considera una intrusa en su ordenada vida, y, teme algún tipo de exigencia por mi parte en ese sentido? Si él supiera que mi dignidad de mujer sí es intocable, que esta jamás me permitiría pedir nada que no me ofrecieran... Esos interrogantes agitadores forman corrillo alrededor de mis neuronas y, cual aquelarre macabro, ejecutan insistentemente su danza desestabilizadora.

Atando los enmarañados cabos desperdigados entre los circuitos cerebrales; concluyo que sus reticencias son producto del miedo, y, es

entonces cuando ese mismo miedo se apodera de mí. Miedo de perderle, de ser para él un escape transitorio; una colaboradora necesaria en la renovación de sus expectativas sí, pero de incierta duración. Y eso no es lo peor; lo realmente grave, es que no siempre soy consciente de la dependencia que me está creando. La subordinación emocional ya se sabe, nos hace débiles, incoherentes e incapaces de ser resolutivos en momentos cruciales para plantarle cara al más mínimo tropiezo.

El amor que profeso a este hombre que ha irrumpido inesperadamente en la que hasta ahora era mi 'placida' vida, o eso creía yo; ha pulverizado todos los esquemas por mí conocidos y, se acrecenta contra mi voluntad. Así es, sí, y trepo por las paredes de mi cerebro buscando un anclaje contra mí misma; una sujeción que me frene, que apacigue el ansia que no cesa, porque ni por asomo, estaba previsto en mis planes depender ya de nadie, menos aún anímicamente. ¿Que hasta qué nivel soy esclava de esa adicción?, pues; hasta el punto de necesitar una palabra suya para dormir o comer, por ejemplo. Patético, anda que no.

V

Quede claro que fui yo la que le dejó. Y aun así, terca cual omisa acémila y tras cambiar de estado civil por razones no relevantes para el caso, he vuelto a escribir al piloto intrépido.

Pues bien, hace tres días y todavía no he obtenido respuesta. Las cuentas que me echo son las siguientes: probablemente, sea su orgullo de macho alfa la causa principal del silencio al que se ve obligado. O bien, ha vuelto al redil del "hogar, dulce hogar", justo por el 'motivo' que se fabricó para

escabullirse: la adopción de un churumbel cuya educación y cuidados le han cortado las alas.

VI

Se avecinan movilizaciones, y, aunque todavía ignoro de qué materia están compuestas, el suelo que antes era firme tiembla ahora bajo mis pies. Lo siento en mis carnes y en la espina dorsal, el vértigo es ya insoportable. Dispuesta a todo me hallo, o eso creo. Si resulta que pese a haber superado cientos de obstáculos infinitamente más dolorosos, los que están por venir me abatieran definitivamente, poco o casi nada me queda por perder.

Las dudas son frente a una decisión importante, el enemigo más siniestro de cuantos acechan en la semipenumbra del insomnio. Nada que perder y un mundo estimulante por desconocido que ganar. Desde la puerta recién restaurada de mi ansiada libertad, así lo veo ahora: una aventura incierta a la vez que cargada de expectativas en otro país (Escocia). Es un rol al estilo de una impertinente institutriz decimonónica, sin las responsabilidades e inconvenientes propios de una docente actual comprometida.

Así, finiquitadas todas las opciones que barajaba, me embarco a ciegas en la empresa para la que he sido requerida ya sea por méritos personales, o bien, por ser la única candidata viable y disponible (me inclino a creer esto último). Y es que, la ventaja de ser una abuela joven, digamos que está en que suaviza y equipara los típicos a veces insalvables abismos generacionales...